

CUENTO

desentrañar el origen de ese título) y un buen comienzo de un escritor que, muy probablemente, dará que hablar pronto con nuevas obras, seguramente maduras y plenas, narrativas de la ciudad. Tal vez de la misma Medellín que es, qué duda cabe, una cantera de peliagudas historias de sus gentes y barrios, las cuales no hay que contar con la exasperación y la virulencia que a tantos les gusta. Ese es otro logro de este libro: retrata una ciudad crispada, pero lo hace con más arte que escándalo.

Luis Germán Sierra J.

Un ejercicio apasionante, y no siempre resuelto

Relatos híbridos

ANDRÉS GARCÍA LONDOÑO
Fondo Editorial Universidad Eafit,
Secretaría de Cultura Ciudadana
del Municipio de Medellín, colección
Letra × Letra, Medellín, 2009, 138 págs.

LOS TIEMPOS en los que vivimos son, sin duda alguna, pragmáticos y vertiginosos. No existen, cuando menos en las grandes urbes globalizadas, espacios significativos en los cuales puedan medrar con vigor las antiguas vocaciones de simbolización humana. No hay tiempo para eso. Las cosas suceden demasiado rápido, por una parte, y por otra hace tiempo que se asumió que progresar, ir hacia adelante, vencer en la pugna tenaz por la vida, tiene que ver con abandonar la irracionalidad y asentarse con firmeza en territorios objetivos y desencantados. Así, nuestro mundo ha desarrollado una dudosa indulgencia, cercana al desprecio, mediante la cual ciertas sobrevivencias anómalas, propias de otra realidad que se pretende superada, son incorporadas al continuo de relaciones y significaciones contemporáneas.

Pero, precisamente porque las fabulaciones antiguas, los relatos fundadores de la cultura, los mitos –y las tantas otra formas en las que una versión del mundo sostenida sobre lo

numinoso cobra sensibilidad– se empecinan en conservar su vigor, pese a todo, una propuesta literaria como esta que desarrolla Andrés García Londoño nos sorprende con su capacidad de convocatoria y su vitalidad. Hay algo en esos relatos llegados desde lo inmemorial que tiene la indudable capacidad de trastornarnos. Un dinamismo secreto y rotundo, una fuerza de atracción que hace posible el encantamiento y el extravío, experiencias que, en medio del creciente desaliento de los tiempos actuales, se extrañan de manera creciente.

La propuesta que se desenvuelve a lo largo de los relatos contenidos en el libro *Relatos híbridos* está construido sobre una premisa elemental: existen complejos simbólicos comunes a la experiencia humana que han sido dichos a lo largo de los tiempos y que en medio de esa migración inimaginable, conservan su tesitura básica. Trátese de las arpías, los centauros y las esfinges que poblaron la imaginación clásica griega, de los vampiros, los sciapodos, o los hombres sin cabeza cuyas venturas y desventuras, de vaporoso origen oriental, inflaron la imaginación de los medievales y de los primeros hombres de la modernidad, en todos ellos, y en muchos más, alientan formas definitivas de eso que llamamos humanidad. Formas, estructuras, funciones, experiencias, que han sobrevivido y que no obstante las indudables, y necesarias transformaciones a las que la historia las ha sometido, nos asombran con su terquedad y con su capacidad de encantamiento.

Hablando del relato y de la novela moderna, Walter Benjamin señala, con



inapreciable lucidez, cómo la vitalidad de la narración, esa capacidad de sostener y construir los frágiles lazos de la sociabilidad y alimentar el alma de los pueblos, depende en principio de la vigencia del rito narrativo y de sus relaciones evidentes con los mitos. Relatar fue, antes que cualquier otra cosa, un acto, una ceremonia, un ritual colectivo de reinención y conservación del mundo. Llegados los tiempos burgueses y sus consecuentes transformaciones culturales y simbólicas, la posibilidad misma del relato se vio condenada a muerte. En su lugar aparecería una sustitución, un reacomodamiento a la usanza de la época en la cual las potencias inventivas de lo humano, expulsadas de la historia, tratarían de sobrevivir en los estrechos límites de la intimidad burguesa. El libro, la novela, el autor, los dispositivos domesticados que impondrían su lógica coloquial y desacralizada, abrirían un nuevo capítulo en nuestra historia cultural y supondría la fundación de una nueva estética narrativa de amplísimo espectro. Y sin embargo, en medio de la relación de esos tantos hechos de la cotidianidad, combinados y compuestos según la particular temperatura del escritor, debidos a él, y por cuenta suya al complejo cultural dentro del cual cobraba sentido, las viejas presencias encontraban la manera de manifestarse. No era cierto que aquel territorio vetusto, hecho de supersticiones y tinieblas, al decir de los nuevos tiempos, hubiera desaparecido para siempre. Su supresión fue puramente superficial y debajo de las muy estructuradas construcciones de la racionalidad y la efectividad, se agita con la vitalidad extraviada y ponzoñosa de las serpientes que adornan la cabeza de una de las gorgonas –Medusa–.

Pero a esta primera consideración que anima el esfuerzo narrativo del autor en estos relatos híbridos, se añade otra, consecuencia plena de la anterior. Si bien es cierto que los mitos, esas condensaciones simbólicas mediante las cuales los seres humanos hemos intentado apropiarnos del caos primordial y conformarlo según a nuestra forma más simple, son comunes a toda experiencia de lo humano, en cada momento de la historia su aparecer es diferente. El hombre que interroga a la entidad

monstruosa, terrible y, no obstante, sabia, de la que depende su posibilidad de sobrevivir, apareció en tiempos griegos y de ellos cobró la realidad de esa apariencia. Tal realidad hecha tiempo y espacio, sentidos, límites y referentes. Pero ese hombre ignorante que necesita saber y asume el riesgo mortal de interrogar al ente implacable, no es solo griego. No pertenece de manera exclusiva a las calles de la acrópolis, ni su posibilidad se agota en los límites de aquellas ciudades mediterráneas. En las calles bogotanas lo podemos ver, a veces, y sorprendemos en él la misma tensión, el mismo acto desaforado de afrontar el horror como precio y condición del conocimiento. O lo adivinamos y construimos en los tiempos fabulosos de un futuro de altísima tecnología, como es el caso que nos plantea el autor, pero en las dos oportunidades, no obstante que comparta con su antepasado helénico —y con otros tantos esparcidos a lo ancho y largo del periplo humano— su agonía fundamental, el modo como se hace verdadero es por completo diferente. Camina, come, duerme, se viste, habla y actúa, se relaciona con los otros de una manera altamente específica. De la capacidad de conseguir una “encarnación” convincente, verosímil, viva, depende que ese viejo y obstinado ser y sus pulsiones, consiga emerger a la superficie de nuestro mundo y logre, de alguna forma, esa reinención radical que señala Benjamín, esa consolidación del mundo que tanto necesitamos.

La hibridación, que está señalada desde el mismo título de su propuesta, se constituye así como horizonte de referencia y acción en el conjunto de cuentos que tenemos entre manos. Hibridación de tiempos y de espacios, de peripecias y situaciones, de contextos, condiciones, acciones y actuantes. Pero, sobre todo, y sosteniendo a las otras tantas ya mencionadas, de lenguajes. Se trata de una aventura peligrosa en la cual se intenta la convivencia de un decir canónico, cargado con reverberaciones culturales, habitado en sus formas por una tradición, con otro de naturaleza vulgar y descreída. Y, por lo tanto, se trata de establecer vínculos dinámicos y constructivos entre varios niveles de percibir, ordenar e inventar la reali-

dad. Este desafío, descomunal, que Andrés García encara en su propuesta narrativa, no siempre se resuelve a satisfacción. No obstante, estamos frente a un ejercicio apasionante, lúcido y lleno de sugerencias que hace posible, de nuevo, la experiencia de vivir de frente a las entidades y los hechos que determinan nuestra humanidad.

Rafael Mauricio Méndez Bernal

Profesor, Facultad de Artes ASAB,
Universidad Distrital FJDC

Bajando también se llega al cielo

Esperando tus ojos

JOSÉ ZULETA

Hombre Nuevo Editores, Medellín, 2011,
158 págs.

HACE MUCHOS años intento soslayar la discusión, a veces tan puntillosa, sobre qué es un cuento y qué es un relato, recurrente en el seno de los talleres de creación literaria. Creo que durante el siglo XX los límites del género ganaron tanta elasticidad que dichos deslindes comenzaron a carecer de sentido en ámbitos diferentes al académico. Hoy, con Internet modificando nuestros hábitos y nuestros tiempos, es todavía menos tentador plantearla, sobre todo, si no se considera sustancial en la determinación de la calidad literaria.

Y, sin embargo, tengo que admitir que *Esperando tus ojos*, de José Zuleta, hizo que reconsiderara semejantes reflexiones. En la carátula, el autor y los editores señalan, me imagino que sin inocencia, que nos ofrecen “diez relatos”. Y no les falta razón. Algunas de las piezas que componen el libro se apegan a los dictados de los textos teóricos sobre cuento, respetando esa unidad de impresión en la que tanto insistiera Edgar Allan Poe, y lo hacen utilizando las estrategias narrativas necesarias para llevar amarrado al lector hasta ese final que si no lo sorprende, por lo menos lo impacta o le permite redimensionar todo lo que ha leído, pero otras tienen un apego tal a sus personajes, a sus características y sus circunstancias (“La canasta de sueños” es el ejemplo preciso), que la

narración discurre con una liberalidad y una riqueza de peripecias que tiene más que ver con la vida que con la literatura. Mucho menos económicas que los cuentos que podríamos calificar de canónicos, y con ciertas veleidades digresivas, poseen, gracias a las habilidades del autor, a su capacidad para transmitirnos el color local sin precipitarse en el costumbrismo, a su humor soterrado y también obvio, a su impecable respeto por la escritura y a la comprensión que demuestra de las debilidades humanas, un encanto que estoy seguro no sobreviviría al rigor ni al dogmatismo.



Curiosamente, también es en términos de relato que se acogen algunos de sus textos breves. Estoy pensando en “Tren AVE”, que tienen tanto de observación y de reflexión bajo la eficiente máscara de lo ficcional. Ese viajero que distrae los kilómetros de sosas planicies españolas espionando e imaginando a su hermosa vecina de puesto, al punto de alcanzar la erección, reinventa la realidad inmediata de la misma manera que lo hizo uno de los mayores cuentistas latinoamericanos, el peruano Julio Ramón Ribeyro, en sus *Prosas apátridas*, hermoso ejemplo de lo que significa captar, para decirlo en palabras de Zuleta, “el olor de la prisa del mundo” (pág. 136).

Si fuese necesario me obligaran a señalar uno de estos diez relatos como mi preferido, estoy seguro de que el seleccionado cambiaría con facilidad de unas semanas a otras, pero en este momento escogería el que abre el libro, “Una boda”: José, después de